

ellos á V. Paternidad? Mira, Fray Blas, respondió el maestro Prudencio, no has de ser tan sencillo, que cierto algunas veces tienes unas *parvoizes che fan pietá*. No es menester que los autores nos lo revelen para conocerlo: el mismo estilo se está descubriendo á sí propio, ni en prosa ni en verso es fácil desmentirse ó desfigurarse, y sin tener todo aquel olfato, que tienen *los entendimientos bien abiertos de poros, para perceber el aire sutilísimo que da en los escritos á conocer sus autores*, como se explica galanamente el autor de la carta contra *la derrota de los alanos*, cualquiera entendimiento, ó, mejor diremos, discernimiento, que no esté muy arromadizado, luego sigue el rastro, porque le dan unos efluvios, que le derriban. Fuera de que, autores hay tan bonazos, que ellos mismos lo confiesan; y qué; ¿juzgas que es sencillez? A la verdad no es otra cosa; pero los bellacones no lo decían por tanto, sino porque no tienen valor para revolverse á carecer de aquella gloria ó de aquella vanidad que les resulta, de que sepan sus confidentes, que también saben hacer coplas, aunque sean á sí mismos.

CAPÍTULO IV.

ENTRA EL GRANJERO LA CENA, INTERRÚMPESE LA CONVERSACION,
Y SE VUELVE A CONTINUAR DE SOBREMESA.

IBA Fray Blas á replicarle, cuando entró el Granjero Fray Gregorio con los manteles para poner la mesa, diciéndoles con gracia, y con labradoril des-
embarazo: *Padres nuestros, onia tempus habent: tiempus desputandi, et tiempus cenandi*: el bendito San Cenon sea con vuestas Paternidades, y ahora déjense de circunloquios, que los huevos se endu-
recen, el asado se pasa, y por el reloj de mi barriga son las nueve de la noche. Tiene razon Fray Gregorio, dijo el maestro Prudencio, y sentáronse todos á la mesa. No fué la cena espléndida, pero fué honrada y decente: dos ensaladas, una cruda y otra cocida, un par de huevos frescos, pavo asado, liebre guisada, y postres de queso y aceitunas; pero Fray Gerundio los divirtió mucho en la cena. Como su pedantísimo preceptor el dómine Zancas-largas, para cada cosa, para cada especie y aún para cada palabra tenia de repuesto en la memoria un monton de latinajos, versos, sentencias y aforismos, que espetaba á todo trance, viniesen ó no viniesen, solo con que en sus textos centones se hallase alguna palabra

que aludiese á lo que se discurría ó se presentaba; y por este medio pedantesco se hubiese adquirido entre los ignorantes el crédito de un mónstruo de erudición, y *pozo de ciencia*, como le llamaban en aquella tierra; su buen discípulo Fray Gerundio procuró copiarle esta impertinencia, así ni más ni ménos, como todas las otras extravagancias, que eran en el dichoso dómine más sobresalientes. Con esta idea se atestó bien de versos latinos, apostegmas y lugares comunes, para lucirlo en las ocasiones; y cuando le venía el flujo de erudito, era el Frailecito una diarrea de disparatorios en latin inestancable.

2. Luego, pues, que por primera ensalada, se presentaron unas lechugas crudas en la mesa, vuelto á su amigo Fray Blas, le hizo esta pregunta:

*Claudere quæ cænas lactuca solebat axorum;
Dic mihi cur nostras inchoat illa dapes?*

Algo atajado se halló el padre predicador con la preguntilla, porque como era en verso latino, y él solo habia estudiado el latin, que bastaba para el gasto del breviario, y aún ese no bien, no la entendió mucho al primer embion, y así le dijo: habla más claro, si quieres que te responda. Pero al fin, volviendo Fray Gerundio á repetirle el dístico, pronunciándole con mayor pausa, como por otra parte el latin tampoco era muy enrebesado, vino á entenderle Fray Blas, y dijo, en suma, lo que pregunta ese verso es: *¿porqué nosotros comenzamos á cenar por lechugas, cuando nuestros abuelos solian acabar con ellas?* Pues la razon salta á los ojos; porque en casi todas las cosas nosotros comenzamos por donde acabaron

nuestros abuelos. Dijolo Claudiano, interrumpió al punto Fray Gerundio, aplaudiendo la explicacion: *Cæpisti, quæ finis era*, y el maestro se rió tanto de la impertinente prontitud del uno, como de la sandez del otro.

3. Siguiéronse después unos puerros cocidos sin cabeza, y apenas los vió Fray Gerundio, cuando exclamó:

*Fila Tarentini gravitèr redolentia porri
Edisti quoties, oscula clausa dato.*

Confesó Fray Blas, que solo entendia, que el verso hablaba de *puerros*, por aquellò de *porri*; pero que para descargo de su conciencia, no percebía lo que queria decir. Entónces Fray Gerundio le puso á la vista el régimen ó el órden de la construccion, *quoties edisti fila gravitèr redolentia porri Tarentini dato oscula clausa*, advirtiéndole de paso, que en el territorio de la ciudad de Tarento se dan los puerros más afamados de toda Italia, como en Navarra los ajos de Corella, y en Castilla la Vieja los espárragos de Portillo, con cuya luz, dijo Fray Blas, ya me parece que entiendo el concepto del verso: quiere decir, si no me engaño, que siempre que se comen puerros de Tarento, y lo mismo discurro que sucederá, aunque los puerros sean de Melgar de arriba, más parece que se besa, que se come, por cuanto más es chupar que comer, y para chupar se pliegan los labios. Dió V. en el hito, replicó Fray Gerundio; pero con todo eso, mejor que el poeta latino explicó la insulsez de esta ensalada el castellano que dijo:

*Quien nisperos come,
Quien bebe cerceza,
Quien puerros se chupa,
Quien besa á una perra,
Ni come, ni bebe, ni chupa, ni besa.*

No dejó de reirse tampoco esta vez el maestro Fray Prudencio de la candidez de Fray Gerundio, cayéndole en gracia el chiste de la coplilla, y aunque alabó la felicidad de su memoria, todavía se compadeció algun tanto, de que no la emplease mejor.

4. Él que se vió celebrado, se tentó un poquillo de vanidad, é hizo empeño de no dejar cosa que saliese á la mesa, sin saludarla con su distico. Así, pues, luego que se pusieron en ella los huevos, cogió uno en la mano, arrimóle á la luz, y pareciéndole que tenia pollo, soltó la carcajada, y dijo:

*Candida si croceos circumfluit unda vitellos,
Hesperius scombrí temperet ova liquor.*

5. Quedóse en ayunas el bueno de Fray Blas, porque este era mucho latin para un predicador romancista, y en ayunas se hubiera quedado á no haberse compadecido de él su buen amigo Fray Gerundio, explicando el pensamiento en este serventesio, que sabia de memoria:

*Cuando algun pollo, ó polla,
Encierra el huevo en cándido recinto,
La barriga es la olla,
Y cuézase en porcion de blanco ó tinto.*

6. Aprovechóse de esta ocasion el maestro Pru-

dencio para chasquear un poco al predicador, insultándole sobre su cortedad en el latin, y le dijo con alguna picaresca: Paréceme, Fray Blas, que tú eres como aquel cura, que decia á sus feligreses: *Yo, á la verdad, no sé mucho latin, pero no tiene remedio, me he de dedicar á estudiarle, y hasta que le aprenda no he de hacer más que predicar.* Paso con esos golpes, padre nuestro, replicó algo atufado Fray Blas, que entendió todo el énfasis picante de la satirilla: para predicar no he menester entender latin de poetas, bástame construir medianamente el de la Biblia; y para eso el Calepino y yo á otros dos guapos.

7. En esto salió el asado á la mesa, que era medio pavo, y apénas le columbró Fray Gerundio, cuando exclamó en tono de plañidera,

*Miraris quoties gemmantes explicat alas:
Et potes hunc sævo tradere durè coco!*

Y sin dar lugar á que volviese á sonrojarse su amigo, dió él mismo la explicacion en el siguiente epigrama:

*Cuando el pavo ostentoso
La rueda tiende y brilla magestuoso,
Asombrado le miras:
Y á este que tanto admiras,
Cruel, duro, severo,
Le entregas tú después á un cocinero!*

Pero, sin embargo de la compasion que esto le causaba, no dejó de meterle bien el cuchillo por la coyuntura, y después de hacer plato al padre maestro, él se quedó con una buena racion de entrepechuga y pellejo, alargando la fuente á Fray Blas, con quien no gustaba ceremonias.

8. A este tiempo ya se habia embasado algunos tragos, y á cada uno que bebia dedicaba su dístico, de los muchos de que habia hecho provision para estas ocasiones, sin pararse en que los dísticos hablasen de los vinos más famosos de Europa en la antigüedad, y el que él bebia fuese un chacolí, ó un vinagrillo de la tierra. Como él espetase sus versos, que hablasen de mosto conocido, todo lo demás era para él muy indiferente, y así al primer trago le saludó con esta impertinencia:

*Hæc de vitifera venisse picata Viena
Ne dubites, misit Romulus ipse mihi.*

Al segundo con este disparate:

*Hoc de Cæsareis mitis vindemia cellis
Misit Fulæo, quæ sibi monte placet.*

Al tercero con este requiebro:

*Hæc fundana tulit felix autumnus opini,
Expressit mulsum Consul, et ipse bibit.*

9. En fin, á ningun trago dejó sin su dedicatoria latina: y consta por buenos papeles, que en solo aquella cena brindó veinte veces, y esto sin perjuicio de la cabeza, que la tenia á prueba de jarro, por haberse criado en Campazas con la mejor leche del Páramo y de Campos. No se puede ponderar lo aturdido que estaba el bueno del predicador al oír chorrear tanto latinorio á su amigo y queridito; pues, aunque lo más de ello se le pasaba por alto, y allá se iba por el ánima más sola, con todo eso se le caía la baba, viéndole lucir tan á taco tendido, protestan-

do, que si bien siempre habia hecho alto concepto de su ingenio, nunca creyó que llegase á tanto, por no haber concurrido con él en otra funcion semejante. No sabia como diantres habia podido meter en la cabeza tanta multitud de versos, y sobre todo se asombraba de aquella oportunidad con que los aplicaba; siendo así, que el desdichado Fray Gerundio no esperaba más oportunidad para encajar sus versos, que la de oír ó ver alguna cosa, de la cual se hiciese mencion, en los que tenia hacinados en su burral memoria, usando de la erudicion profana puramente por la asonancia, ni más ni ménos como habia usado de la sagrada en la chistosa salutacion que habia predicado en el refectório. Pero, como el buen Fray Blas tampoco entendia de otras propiedades para el uso y para la aplicacion de sus textos, no distinguia de colores, y lo que le sonaba le sonaba, confirmándose en el dictámen, de que mozo como aquel no le habia pillado la órden en dos siglos.

10. Creció su admiracion, cuando, sirviéndose á la mesa una cazuela de liebre guisada, oyó á Fray Gerundio prorumpir en esta definitiva sentencia:

*Inter aves turdus, si quid, me iudice, certet:
Inter quadrupedes, gloria prima lepus.*

No entendió el predicador más que á media rienda, y así en bosquejo lo que queria decir, aunque ya le dió al corazon poco más ó ménos, cual seria el pensamiento, cuando notó que diciendo y haciendo se echaba Fray Gerundio en su plato casi la mitad de la cazuela. Pero el padre maestro, que comprendió muy bien toda el alma del concepto, dijo con su apa-

cibilidad acostumbrada: hombre, eso de que en tu dictámen *entre las aves no hay plato más regalado que el tordo, ni entre los animales que la liebre*, prueba bien, que el mismo gusto tienes en el paladar, que en el entendimiento, y que el mismo voto puedes dar acerca de una mesa, que acerca de un sermón. Yo siempre oí, que el tordo era extraordinario de Fraile, y la liebre plato de cofradía. ¿Y quién le ha dicho á V. Paternidad, replicó Fray Gerundio, que en las cofradías no sirven muy buenos platos, y que á los frailes no les dan extraordinarios muy delicados? Substanciales sí, respondió el maestro Prudencio, pero delicados no:

11. En esto salieron los postres, un queso y un plato de aceitunas. Aquí le pareció á Fray Blas, que sin duda alguna se le habia acabado la talega á Fray Gerundio, porque; ¿qué poeta se habia de poner á tratar de aceitunas y de queso? Pero le engañó su imaginacion, y quedó gustosamente sorprendido, cuando vió que tomando el queso en una mano, y un cuchillo en otra para partirle, recitó con mucha ponderacion este par de coplitas:

*Caseus, Etruscoe signatus imagine lunæ,
Præstabit pueris prandia mille tibi.*

Y sin detenerse, añadió esta traduccion, que tambien habia leído:

*Con un queso, parecido
A la Luna de Toscana,
Hay para dar de almorzar
A los niños mil mañanas.*

Eso lo mismo será, glosó Fray Prudencio sonriéndose, aunque se parezca á la Luna de Valencia; pues no sé, que para el caso ni para el queso, tenga más gracia una Luna que otra; y qué; ¿no dices algo á las aceitunas? Allá voy, padre maestro, respondió Fray Gerundio, y tomando media docena de ellas, dijo:

*Hæc, quæ Picenis venit subducta trapetis,
inchoat, atque eadem finit oliva dapæ.*

Que uno construyó así:

*Esta, que no fué al molino,
Para que no fuese aceite,
Unas veces es principio,
Y tambien postre otras veces.*

¿Qué dices, borracho? le preguntó Fray Blas en tono de zumba; ¿cuándo sirvieron de principio las aceitunas? ¿Cuándo? respondió Fray Gerundio, cuando se comenzaba á comer por donde ahora se acaba, y cuando las lechugas servian de postre, *juxta illud*:

Claudere quæ cænam lactuca solebat avorum, etc.

Y sino, acuértese V. de lo que dijo al principio de la cena, que nosotros comenzamos por donde acabaron nuestros abuelos.

12. Halló bastante gracia el maestro en esta reconvencion, y se confirmó en su antiguo dictámen, de que á Fray Gerundio no le faltaba cantera, y que solo le habia hecho falta el cultivo, la aplicacion á facultades serias y precisas, la crítica y el buen gusto. Pero al fin, con no poco se acabó la cena, se

dieron gracias á Dios, y se levantaron los manteles; después de lo cual tomó la mano Fray Blas, y dijo: Padre maestro, acabemos de evacuar el punto de las censuras de los libros, que nos interrumpió Fray Gregorio, porque á lo que veo, me parece que V. Paternidad es del mismo dictámen que aquel famoso censor del segundo tomo del *Teatro Critico Universal*, que huyendo el cuerpo á la censura del libro, se metió á censurar á los censores; pero en verdad que llevó brava tunda en cierta aprobacion del tercer tomo. En la substancia, respondió el maestro, del mismo parecer soy, y hallo, que tiene mucha razon en lo que dice: el modo puede ser que no hubiese agrado á todos, porque le oí notar de pomposo, arrogante y satisfecho; y á algunos tampoco les pareció bien, que reservase esta crítica para aquel lugar en que no venia muy al caso; adelantándose tal cual á argüirle de ménos consiguiente, pues protestando en la misma censura, *que no se hallaba con ánimo de ayudar fructuosamente al autor del teatro en el árduo y mal recibido oficio de desengañador*, él mismo le está ejercitando en la misma censura: con esta diferencia, que el autor del teatro ejerce el oficio de *desengañador* de sábios y de ignorantes, pues á todos comprenden los *errores comunes*; pero el censor ejerce el de *desengañador* únicamente de sábios, porque á solos estos, ó en la realidad ó en la estimacion, se fian por lo comun las aprobaciones de los libros.

13. Sobre la zurra, que le da todo un colegio de padres aprobantes del tercer tomo, tambien he oido variedad de opiniones. Convienen todos, en que la

correccion fraterna está discreta, bien parlada y con mucha sal, sin que la falte su granito de pimienta; pero como los autores de ella son de la misma estameña, que el autor del teatro, algunos desearan que esta comision se la hubieran encargado á otro de diferente paño, en quien caeria mejor. Dicen que esto de salir á la defensa de uno de su ropa, solo porque no se le alaba, no suena bien: otra cosa seria si positivamente se le hubiera injuriado sin razon, que entónces á ningunos tocaba más inmediatamente sacar la cara por él, que á los de casa. Pero este reparo me parece poco justo y aún poco reflexionado; porque aquellos padres maestros no impugnan directamente al censor, porque no alaba al autor del teatro, sino porque censura á los que le alaban á él y á todos los demás autores; con que, no tanto es defensa del autor como de los censores, y en ésta todo el mundo tiene derecho á meterse, con especialidad aquellos á quienes se les ha encomendado este oficio.

14. Algunos maliciosos aún se adelantan á más: paréceles á ellos, que ven una gran diferencia de estilo en lo restante de la aprobacion y en el párrafo en que se censura al censor de los censores: con esta aprehension se les figura por otra parte, que el estilo de este párrafo es muy parecido al nobilísimo, perspicuo y elegante, que gasta el autor del teatro; ¿y qué quieren inferir de aquí? Lo que se está cayendo de su peso; que este parrafillo le dictó el mismo autor, pues se hallaba dentro de casa, y sin explicarse más, hacen un gesto y tuercen el hocico. Pero esta me parece demasiada temeridad y sobrada delicadeza. Conocer en pocos renglones añadidos á

otros muchos la diversidad de estilo, es para pocos ó para ninguno, sin exponerse á juzgar erradamente, salvo que aquella sea tan visible, que luego salte á los ojos; pues claro está, que si en un sermón del padre Vieira se mezclaran solos cuatro renglones del autor del Florilégio, un topo vería al instante la diferencia y aún la disonancia: mas no estamos en el caso. El estilo de los aprobantes no es tan desemejante del autor del teatro, que diste infinito de él. Fuera de que á los buenos escritores nunca los puede faltar un buen estilo, dice Quintiliano: *Bonos numquàm honestus sermo deficiet*; y así como no es imposible, sino muy regular, que uno dé en el mismo pensamiento que otro, así tampoco lo es, que le explique de una misma manera. Mas supongamos que el párrafo en cuestión sea del mismo autor del Teatro; *quid indè?* No veo en ella cosa que me disuene, porque en él nada se le elogia, y ántes se me representa un rasgo de su moderación y de su prudencia. Finjamos por un poco (y es una cosa bien natural) que los reverendísimos aprobantes hubiesen dejado correr la pluma en este punto con algun mayor calor y libertad de lo que pedía la materia. Demos por supuesto (y no es ménos natural que lo primero) que confiasen al autor su censura, para que la viese ántes que se estampase. Como la leyó á sangre fría, notó que estaba un poco acalorada, y tomó de su cuenta templarla, dictando un párrafo, en que se dice lo que basta, y en realidad á ninguno saca sangre. Esto es lo que yo concibo que pudo ser; pero si fué otra cosa, todo ello importa un bledo.

15. En lo que no convengo ni convendré jamás

es, en que las censuras de los libros, especialmente las que se hacen de oficio, esto es, por comisión de tribunal legítimo, se conviertan en panegíricos; y perdónenme los reverendísimos censores del censor de todos ellos, que no me hace fuerza la razón, con que intentan defender la práctica contraria. Dicen, que *el panegírico, que se introduce en la censura, siendo el mérito del autor sobresaliente, es deuda; siendo mediano, urbanidad; y solo siendo ninguno, será adulación.* Yo diría, con licencia de sus reverendísimas, que el panegírico que se introduce en la censura, aunque el autor le merezca, siempre es impertinente; y si no le merece, no solo es una adulación indigna, sino una mentira, un engaño sumamente perjudicial al progreso de las ciencias, al honor de toda la nación, y á la utilidad comun. Al censor solamente le mandan, que diga sencillamente su parecer sobre el mérito de la obra, aprobándola ó desaprobándola, sin que se detenga en alabar al autor, sino que sea indirectamente, por aquel elogio que necesariamente le resulta, de que se apruebe su producción; con que, pararse muy de propósito á hacer un gran panegírico del autor, aunque sea el de mayor mérito, sin dejar epíteto que no le aplique, renombre con que no le proclame, ni erudición que no obstante el aprobante para exornar su encómio, no solo no es deuda, sino una obra muy de supererogación.

16. Ya se entiende, que hablo solamente de aquellos largos panegíricos, que de propósito se introducen en las censuras, adornados de todo género de erudición, los cuales son los que únicamente se

pueden llamar *panegíricos*. Y de estos digo, que aunque los autores los tengan muy merecidos, son fuera del asunto en las aprobaciones, digámoslo así, judiciales; y en este sentido, á mi ver, habló tambien el censor de los censores. Pero aquellos elogios, que resultan del breve y sencillo juicio que se forma del mérito de la obra, como de su utilidad, de su inventiva, de su solidez, de su buen estilo, etc., estos así como no merecen el nombre de panegíricos, así tampoco deben condenarse en los censores, ántes apénas pueden cumplir con su oficio, sin que digan algo de esto; y en este sentido convengo tambien, en que los elogios pueden ser deuda y pueden ser urbanidad.

17. ¿Pero quién ha de tener paciencia para sufrir otros diferentes rumbos, que siguen los aprobantes? Todos ó casi todos, son panegiristas, y de estos ya he dicho bastante. Algunos añaden á este oficio el de glosadores ó adiciionadores de la obra que aprueban: otros se meten á apologistas del asunto, especialmente si este es de materia crítica, ó de algun punto contencioso: cuando la obra es apologética, las aprobaciones por lo comun se reducen á una apología de la misma apología; y aprobacion bien larga he visto yo, que sin tocar en la substancia de la obra hasta el último párrafo, gasta el aprobante muchas hojas en alabar la patria del autor, la nobleza de su origen, las glorias de su religion; y de todo esto infiere, que el libro es una cosa grande, y que no puede contener ápice ni punto, que se oponga á los dogmas de la Fé ni á la más severa disciplina. Digo, y vuelvo á decir, que todas estas me parecen

unas grandísimas impertinencias, dignas de ser deserradas de nuestra nacion, como lo están de casi todas las demás del mundo, cuyos censores se ciñen precisamente á lo que se les manda, diciendo en brèves y graves palabras su dictámen, y dejando á los lectores, que hagan de la obra y del autor todos los panegíricos que se les antojaren.

18. Muy enfrascado estaba el maestro Prudencio en la conversacion, cuando advirtió que Fray Gerundio se habia quedado dormido en la silla como un cepo, y que el predicador bostezaba mucho, cayéndosele los párpados de manera, que cada instante necesitaba apuntalarlos. Hizose cargo de la razon, y despertando á Fray Gerundio, no sin mucha dificultad, se fueron todos á la cama, quedando despedido el predicador Fray Blas desde la noche, porque pensaba madrugar mucho el dia siguiente, para marchar á Jacarilla, en compañía de su mayordomo el tio Bastian, que para entónces ya le suponian perfectamente convalecido del accidente, que le habia acometido de sobre-comida ó sobre-bebida.